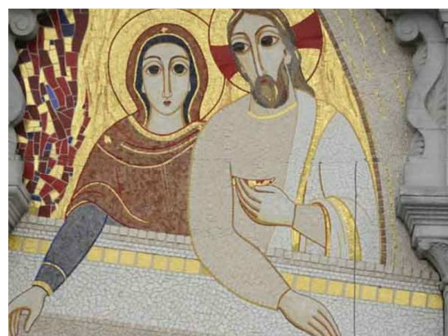


Tema Pastoral

LOURDES 2018

«Haced lo que él os diga.»

(Evangelio de Juan, capítulo 2)



En Lourdes

Lo que sucedió en Lourdes ha cumplido 160 años. Pero sigue siendo de actualidad, como el Evangelio. El Evangelio no data de hace 2000 años, está delante de nosotros, y no lo hemos alcanzado todavía. Tenemos que abrir nuestros corazones a la Buena Noticia y volvernos contemporáneos del Evangelio: Dios se acerca, el Reino de Dios está entre nosotros.

2018 puede ser la ocasión para volver a los orígenes, María y Bernardita, dos sencillas mujeres cuyo encuentro silencioso hace eco a la palabra eterna de amor que el ruido de nuestras vidas ajetreadas, de nuestras angustias y miedos, ya no nos permite percibir. Estaría bien descubrir de nuevo a aquella que es la primer testigo de Lourdes, rostro de María, y cirio pascual encendido por la luz del Espíritu Santo.

Después de la Virgen del Magnificat en el 2017 vamos a encontrar, este año, a la pequeña Bernardita. «¿Han visto a esta niña?» preguntaba Mons. Laurence a sus consejeros durante la investigación sobre la autenticidad del hecho de Lourdes. Ver a Bernardita y oírla, recibir la luz que brota del fondo del agujero negro de la roca, acoger ese silencio que permita escuchar la Palabra.

Con Bernardita nos pondremos a la escucha de la Virgen del Silencio que nos acerca a la Palabra única de un Dios de Amor creador y salvador. El «mensaje» de Lourdes no es otro que la Buena Nueva anunciada a los pobres, y que les ha sido confiada.

En la Iglesia

2018 es una buena fecha para Lourdes y también lo es para la Iglesia. En octubre tendrá lugar el sínodo de los obispos *sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. También, con los jóvenes, nos pondremos en camino hacia la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá en 2019. El papa Francisco ha querido trazar para esas Jornadas un camino mariano:

- 2017, hacer memoria, para acoger en la fe las gracias recibidas del Padre. *El Señor hizo en mí maravillas.*
- 2018, tener valentía, para comprometernos en el presente al servicio de la caridad. *No temas porque has encontrado gracia ante Dios.*
- 2019, tener confianza, para mirar al futuro con esperanza. *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra.*

La Iglesia, con María, dirige nuestra atención y nuestra oración hacia el mundo de los jóvenes. En Lourdes, María, «tan joven y pequeña como yo», dijo Bernardita, no se impone desde lo alto, sino

que se aparece en el hueco de la tierra. Se hace catequista, ya que para eso vino Bernardita de Bartrès a Lourdes, en enero de 1858. El método que utiliza no es otro que el aconsejado por el Papa para llevar el Evangelio a las periferias del mundo de hoy.

- En primer lugar, **acompañar**, ponerse en camino juntos. «*Escuchad lo que viene de vuestro corazón*», propone el Santo Padre a los jóvenes en Cracovia en julio de 2016. «*¿Qué buscáis?*» pregunta Jesús a los dos discípulos que le siguen a la orilla del Jordán. «*¿Quiere hacerme el favor de venir aquí?*» Es el camino de una transformación que se abre para Bernardita, la promesa de una amistad, más allá de las satisfacciones superficiales de este mundo. Acepta en primer lugar tu pobreza... «*No les queda vino*», afirma María durante las bodas de Caná. Acepta tu pobreza, pero no renuncies a tu pasión. La afirmación de María va dirigida a Jesús. Entra tú también en esa gruta interior donde te está esperando alguien. Tu pobreza, tu insuficiencia, pueden ser, como la Gruta de Massabielle, el lugar de una presencia. **¡Escucha!**

María en Caná, está atenta a las necesidades de los hombres; de hecho está a la escucha del designio de Dios que quiere reunirse a través de Jesús con la humanidad desheredada. María sabe que este mundo, sin Dios, no tiene sentido; Ella sabe que este mundo es el fruto de un amor y que está hecho para vivir de él; María sabe que este mundo, por el hombre, debe vivir de la Alianza con su Creador; María está a la escucha y se vuelve disponible. Ella pudo decir: «Hágase en mí según tu Palabra», pudo decir a los criados de la boda: Haced lo que Él os diga...¹

- Después, **comprometerse** con todo lo que tenemos y lo que somos, sin tener miedo a hacer el ridículo. María dijo a los sirvientes de la boda: «*Haced lo que Él os diga*». Y Jesús manda: «*Llenad de agua esas tinajas*.» María nos da la fuerza para obedecer a la Palabra que resuena en el fondo de nosotros; María nos permite discernir que es una Palabra de Vida eterna. ¿A quién iremos?
Así, Bernardita, en la Gruta, se adentra en el barro y excava hasta que brota un manantial «para los pecadores». Se abre entonces un camino de gracia... Acepta servir.

Jesús puede responder a la espera de María porque se ha dejado llevar por su camino de confianza. Ella es la primera discípula de Jesús. Como el Hijo confía en el Padre de quien recibe todo, María se adhiere totalmente al compromiso de Jesús, que ha venido para hacer la voluntad del Padre; se ha hecho siervo de sus hermanos. «Os he dado ejemplo, para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13, 15)²

1 En su Encíclica sobre *La Madre del Redentor*, el papa Juan Pablo II dedica la tercera parte por entero a la Meditación maternal de María entre Dios y los hombres. María no añade nada a la obra de Jesús, pero acoge en la fe y le permite llegar a nosotros. Por su oración, su intercesión, nos predispone al don de Dios. Anexo I.

2 Bernardita, y también nosotros hoy, detrás y siguiendo el ejemplo de María, tenemos un papel de mediadores entre el deseo de Dios y las necesidades de los hombres, nuestros hermanos. Dios no puede imponer su amor, necesita humildes receptores que acojan su gracia y se comprometan con toda su vida a transmitirla. Anexo II.

- Y **compartir** lo que has recibido: es el único medio de conservarlo. «*Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al mayordomo.*» Tú vas a dar a probar a los invitados el vino y la alegría de la boda. Ya se encuentran integrados en la luz de la Alianza, en la luz de la Vida. La boda es el símbolo, la expresión verdadera de la unión de Dios con su pueblo, realizada en Jesús, verdadero hombre, Hijo de Dios. María nos hace entrar en la acogida y la alabanza de la creación que acoge el amor de su Dios. «*¡Alabado seas Tú, mi Señor!... ¡Tú me das el vino de bodas y abres mi corazón a la alegría!*»
María, en la Gruta, el 25 de marzo, desvela por fin su nombre: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*». Soy la criatura que no pone resistencia alguna al deseo de Dios, dejo que su Palabra penetre y se haga carne en mí: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra.*» Bernardita a su vez se hace portavoz, portaluz, es enviada a los sacerdotes para que se construya una capilla, ese lugar donde se ofrecerá el pan de la Palabra y el Pan de la Vida. Tú también estás invitado a responder: «***¡Aquí estoy, envíame!***»

El Papa se dirige a los jóvenes en vistas al próximo Sínodo: Me vienen a la memoria las palabras que Dios dirigió a Abrán: «*Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré*» (Gen 12,1). *Estas palabras están dirigidas hoy también a ustedes: son las palabras de un Padre que invita a "salir" para lanzarse hacia un futuro no conocido pero prometedor de seguras realizaciones, a cuyo encuentro Él mismo los acompaña. Les invito a escuchar la voz de Dios que resuena en el corazón de cada uno a través del sople vital del Espíritu Santo.*

En Cracovia, durante la apertura de la última Jornada Mundial de la Juventud, les pregunté varias veces: «Las cosas, ¿se pueden cambiar?». Y ustedes exclamaron juntos con gran voz "¡sí!"». Esa es una respuesta que nace de un corazón joven que no soporta la injusticia y no puede doblegarse a la cultura del descarte, ni ceder ante la globalización de la indiferencia. ¡Escuchen ese grito que surge de lo más profundo! También, cuando adviertan, como el profeta Jeremías, la inexperiencia propia de la edad joven, Dios los estimula a ir donde Él los envía: «No les tengas miedo, que contigo yo estoy para librarte» (Jer 1,8).

Un mundo mejor se construye también gracias a ustedes, que siempre desean cambiar y ser generosos. No tengan miedo de escuchar al Espíritu que les sugiere opciones audaces, no pierdan tiempo cuando la conciencia les pida arriesgar para seguir al Maestro. También la Iglesia desea ponerse a la escucha de la voz, de la sensibilidad, de la fe de cada uno; así como también de las dudas y críticas. Hagan sentir a todos el grito de ustedes, déjenlo resonar en las comunidades y háganlo llegar a los pastores...

Los proteja María de Nazaret, una joven como ustedes a quien Dios ha dirigido su mirada amorosa, para que los tome de la mano y los guíe a la alegría de un ¡heme aquí! pleno y generoso...

El Papa se dirige a cada uno de nosotros: a los jóvenes y a los niños, a los catequistas, capellanes, profesores, y a aquellos que transmiten el Evangelio y quieren que sea, no una serie de palabras seguidas sin sentido, sino la Palabra hecha carne. Conciérne en particular a los periodistas, sobre todo en los medios de comunicación visitados por los jóvenes: ¿pueden encontrar allí un verdadero alimento para el camino de la vida?³

Como María y Bernardita, ¿no estamos invitados todos en primer lugar al silencio de la escucha? Entonces quizá los más jóvenes, los más pobres, los más débiles, los Bernardita de hoy, se presentarían a nosotros como privilegiados que comparten lo esencial invisible a simple vista, lo que se ve solo con el corazón...

En camino con mis hermanos

*¿Cómo recibo yo la llamada incesante del Papa a moverme, a **salir**? Solo transmite la llamada que Dios envía a Abrahám, la llamada que Dios dirige a su pueblo para que deje la esclavitud en Egipto y se ponga en camino hacia una tierra nueva... Es también la llamada de María a Bernardita: ¿Quiere hacerme el favor de venir? ¿Cuál es para mí hoy la promesa de Dios? ¿Hacia qué mundo me llama?*

*Hay tinajas vacías que hay que llenar, hay barro espeso que hay que escavar, corazones de piedra que convertir en corazones de carne... ¿Qué **opciones** se me proponen? ¿Qué camino tengo que realizar, mi medio de vida, mi Iglesia y el mundo en el que vivo?*

*¿Qué **palabra** tengo que transmitir? ¿Qué me ha sido confiado para transmitir a los «sacerdotes», los responsables, para aquellos que hoy están encargados de guiar a sus hermanos, sus conciudadanos? ¿Cómo tomar parte en el anuncio del Evangelio y de la construcción de la «capilla», de la Iglesia? ¿Cómo ocupar mi lugar entre los pobres, los pequeños, los que sufren, las Bernarditas de hoy, a quienes les ha sido confiada la Buena Noticia de Jesús?*



doctrina, somos contagiosos de una vida que María nos transmite en el poder y la humildad del Espíritu. Anexo III.

Anexo I. Juan Pablo II, Carta Encíclica sobre *La Madre del Redentor*, 25 de marzo de 1987

20... (María) era «la que ha creído». A medida que se esclarecía ante sus ojos y ante su espíritu la misión del Hijo, ella misma como Madre *se abría cada vez más a aquella «novedad» de la maternidad*, que debía constituir su «papel» junto al Hijo. ¿No había dicho desde el comienzo: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»? (Lc 1, 38). Por medio de la fe María seguía oyendo y meditando aquella palabra, en la que se hacía cada vez más transparente, de un modo «que excede todo conocimiento» (Ef 3, 19), la autorrevelación del Dios viviente. María madre se convertía así, en cierto sentido, *en la primera «discípula» de su Hijo*, la primera a la cual parecía decir: «Sígueme» antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona (cf. Jn 1, 43).

21. Bajo este punto de vista, es particularmente significativo el texto del *Evangelio de Juan*, que nos presenta a María en las bodas de Caná. María aparece allí como Madre de Jesús al comienzo de su vida pública: «Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos (Jn 2, 1-2). Según el texto resultaría que Jesús y sus discípulos fueron invitados junto con María, dada su presencia en aquella fiesta: el Hijo parece que fue invitado en razón de la madre. Es conocida la continuación de los acontecimientos concatenados con aquella invitación, aquel «comienzo de las señales» hechas por Jesús —el agua convertida en vino—, que hace decir al evangelista: Jesús «manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos» (Jn 2, 11).

María está presente en Caná de Galilea como *Madre de Jesús*, y de modo significativo *contribuye* a aquel «comienzo de las señales», que revelan el poder mesiánico de su Hijo. He aquí que: «como faltaba vino, le dice a Jesús su Madre: "no tienen vino". Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora» (Jn 2, 3-4). En el Evangelio de Juan aquella «hora» significa el momento determinado por el Padre, en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado (cf. Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23. 27; 13, 1; 17, 1; 19, 27). Aunque la respuesta de Jesús a su madre parezca como un rechazo (sobre todo si se mira, más que a la pregunta, a aquella decidida afirmación: « Todavía no ha llegado mi hora »), a pesar de esto María se dirige a los criados y les dice: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Entonces Jesús ordena a los criados llenar de agua las tinajas, y el agua se convierte en vino, mejor del que se había servido antes a los invitados al banquete nupcial.

Anexo II

21... ¿Qué entendimiento profundo se ha dado entre Jesús y su Madre? ¿Cómo explorar el misterio de su íntima unión espiritual? De todos modos el hecho es elocuente. Es evidente que en aquel hecho se delinea ya con bastante claridad la *nueva dimensión*, el nuevo sentido de la *maternidad de María*. Tiene un significado que no está contenido exclusivamente en las palabras de Jesús y en los diferentes episodios citados por los Sinópticos (Lc 11, 27-28; 8, 19-21; Mt 12, 46-50; Mc 3, 31-35). En estos textos Jesús intenta contraponer sobre todo la maternidad, resultante del hecho mismo del nacimiento, a lo que esta «maternidad» (al igual que la « fraternidad ») debe ser en la dimensión del Reino de Dios, en el campo salvífico de la paternidad de Dios. En el texto joánico, por el contrario, se delinea en la descripción del hecho de Caná lo que concretamente se manifiesta como nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne, o sea la *solicitud de María por los hombres*, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades.

En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia «No tienen vino». Pero esto tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación:

María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone «*en medio*», o sea *hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre*, consciente de que como tal puede —más bien «tiene el derecho de»— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María «intercede» por los hombres. No sólo: *como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo*, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida. Precisamente como había predicho del Mesías el Profeta Isaías en el conocido texto, al que Jesús se ha referido ante sus conciudadanos de Nazaret «Para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos ...» (cf. Lc 4, 18).

Otro elemento esencial de esta función materna de María se encuentra en las palabras dirigidas a los criados: «Haced lo que él os diga». La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a «su hora». En Caná María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera «señal» y contribuye a suscitar la fe de los discípulos.

22. Podemos decir, por tanto, que en esta página del Evangelio de Juan encontramos como un primer indicio de la verdad sobre la solicitud materna de María. Esta verdad ha encontrado su expresión en *el magisterio del último Concilio*. Es importante señalar cómo la función materna de María es ilustrada en su relación con la mediación de Cristo. En efecto, leemos lo siguiente: «La misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia», porque «hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también» (1 Tm 2, 5). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, «de la superabundancia de los méritos de Cristo... de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud» (Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 60). Y precisamente en este sentido el hecho de Caná de Galilea, nos ofrece como una *predicción de la mediación de María*, orientada plenamente hacia Cristo y encaminada a la revelación de su poder salvífico.

Por el texto joánico parece que se trata de una mediación maternal. Como proclama el Concilio: María «es nuestra Madre en el orden de la gracia». Esta maternidad en el orden de la gracia ha surgido de su misma maternidad divina, porque siendo, por disposición de la divina providencia, madre-nodriz del divino Redentor se ha convertido de «forma singular en la generosa colaboradora entre todas las creaturas y la humilde esclava del Señor» y que «cooperó ... por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural de las almas» (*Lumen gentium*, n. 61). «Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia ... hasta la consumación de todos los elegidos» (n. 62).

27... María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. En la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra la que «ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (Lc 1, 45). Precisamente esta fe de María, que señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo, esta heroica fe suya «precede» el testimonio apostólico de la Iglesia, y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, *participan de la fe de María*.

Anexo III

38. La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que *uno solo es nuestro mediador*: «Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tm 2, 5-6). «La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder» (*Lumen gentium*, .60): es mediación en Cristo.

La Iglesia sabe y enseña que «*todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres ... dimana del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta*» (n. 60).

... La enseñanza del Concilio Vaticano II presenta la verdad sobre la mediación de María como *una participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo*. Leemos al respecto: «La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador» (n. 62). Esta función es, al mismo tiempo, *especial y extraordinaria*. Brota de su maternidad divina y puede ser comprendida y vivida en la fe, solamente sobre la base de la plena verdad de esta maternidad. Siendo María, en virtud de la elección divina, la Madre del Hijo consubstancial al Padre y «compañera singularmente generosa» en la obra de la redención, «es nuestra madre en el orden de la gracia» (n. 61). Esta función constituye una dimensión real de su presencia en el misterio salvífico de Cristo y de la Iglesia.

39... La maternidad de María, impregnada profundamente por la actitud esponsal de «esclava del Señor», constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella (n. 62), y continuamente «recomienda a la piedad de los fieles» porque confía mucho en esta mediación. En efecto, conviene reconocer que, antes que nadie, Dios mismo, el eterno Padre, *se entregó a la Virgen de Nazaret*, dándole su propio Hijo en el misterio de la Encarnación.

... Por tanto María ha llegado a ser no sólo la «madre-nodriza» del Hijo del hombre, sino también la «compañera singularmente generosa» (n. 61) del Mesías y Redentor.

43... Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad; reconoce la dimensión materna de su vocación, unida esencialmente a su naturaleza sacramental, «contemplando su arcana santidad e imitando su caridad, y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre» (n. 64). Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, «engendra» hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que María está *al servicio del misterio de la encarnación, así la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos por medio de la gracia*.